

Discurso del camarada Trotsky pronunciado el 7 de agosto de 1920 en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista

**León Trotsky
7 de agosto de 1920**

(Versión al castellano desde: *Discurs prononcé au deuxième Congrès de l'Internationale Communiste*, Marxists Internet Archive – français- Léon Trotsky, Les oeuvres.)

Camaradas,

El Segundo Congreso de la Internacional Comunista se reúne dieciocho meses después del Primer Congreso. Ese lapso de tiempo no es enorme, pero el valor histórico de la experiencia que hemos acumulado durante ese corto período es más considerable que la de todo el que habíamos acumulado antes.

Este Segundo Congreso no es para nosotros una simple revista a los pueblos. No se trata de contarnos a nosotros mismos, entre camaradas. No. Debemos detenernos un instante en el camino que lleva hacia las alturas a través de muchos obstáculos y precipicios; tenemos que lanzar una mirada hacia atrás con el fin de medir el camino recorrido. Sin cesar por ello de vigilar al enemigo, levantaremos los jalones de la próxima etapa y, sin perder ni un minuto, retomaremos nuestra marcha hacia delante.

Así pues, abarcaremos con la vista lo que ha pasado durante estos dieciocho meses que separan al Primer Congreso del Segundo y nos preguntaremos, escrutando cuidadosamente nuestra conciencia revolucionaria, si tenemos derecho a decir que la ruta que trazamos en el Primer Congreso de la comuna mundial era la buena. Nos preguntaremos si hemos logrado éxitos y a qué debemos atribuirlos. Y si el proletariado mundial a veces ha sufrido derrotas y se ha batido en retirada ¿no será porque no se ha encaminado enteramente por la vía que le habíamos indicado la Internacional Comunista?

Los dieciocho años que acaban de transcurrir han señalado con un sangrante rasgo toda una época que marca un hito en la historia de la humanidad. Esta época ha tenido sus leyes, sus métodos, su igualdad, sus relaciones mundiales, sus luchas, sus mentiras, el engaño democrático de la ciencia oficial, la mentira de la Iglesia. La guerra mundial ha hecho el balance de todo eso. Y las clases burguesas que empujaban a los pueblos a entrar en esa riña mundial les prometían al mismo tiempo no se sabe qué Nuevo Testamento, qué nuevo orden de cosas, qué nuevo régimen.

Ahora bien, ¿qué aspecto presentan Europa y el mundo entero después de salir de la inmensa carnicería y de esta fábrica de tratados que se instaló en Versalles? El orden burgués no sabe sobre qué apoyarse. Todo está en movimiento, todos los cimientos resquebrajados, todos los programas gubernamentales burgueses se han tirado a la basura; las alianzas internacionales se han dislocado y la burguesía temblorosa, en el umbral del futuro, busca una salida a una situación desesperada, creada por siglos y siglos de pillaje y violencia. Pero no hay ninguna salida.

Inglaterra, Francia y Estados Unidos han prometido darles a los pueblos una alianza mundial, una Liga de las Naciones, que tenía que poner fin a las guerras imperialistas, a las discordias internacionales. He aquí ante nosotros a esta Liga de las Naciones. A penas recién salida de las cancillerías, su autor, su inventor, el presidente Wilson, reniega de ella.

Camaradas, sólo hace diez o doce meses que casi todos los jefes de la Segunda Internacional, que reunían en ese momento a sus lamentables restos en el Congreso de Ginebra, saludaban a Wilson como a un nuevo mesías, en lo alto de su montaña, que le ofrecía a la Europa ensangrentada sus mandamientos, no los diez mandamientos de las tablas de Moisés sino catorce, los famosos catorce artículos de Wilson que debían establecer para siempre la paz entre los pueblos. Mientras que Kautsky, Longuet y el resto de representantes de la Segunda Internacional, saludaban a Wilson e invitaban a los obreros a apoyarlo, nuestra Internacional, hace de eso dieciocho meses, declaraba en Moscú que la propuesta de Wilson era una tentativa de los plutócratas de Nueva York y Chicago para someter a Europa y al mundo entero; nuestra Internacional decía que esa Liga de las Naciones sólo sería una compañía mundial cuyo capital social lo suministraría los Estados Unidos. El capital estadounidense está acostumbrado a extender sus dominios con el sistema de la federación, haciendo entrar en la esfera de su explotación a nuevos millones de hombres. El capital estadounidense ha realizado una tentativa para lanzar las redes sobre Europa, Asia y el mundo entero.

Pero cuando Wilson llegó a Europa, desde el fondo de su gran provincia estadounidense, tropezando con los problemas de la mundial vio que las riendas del gobierno estaban en ese momento en manos de Inglaterra, que dispone de la flota más fuerte, del cable más largo. Gracias a la experiencia, Inglaterra es quien mejor conoce la violencia y el pillaje. Y este bravo provinciano de Wilson, con sus bolsillos llenos de dólares muy bien cotizados, imaginándose que sus catorce párrafos iban a devenir el evangelio del mundo, se da de narices con la flota inglesa. ¿Qué digo? Con la Rusia soviética y con el comunismo.

Entonces, el apóstol estadounidense se vuelve lleno de pena a su Casa Blanca en Washington, remonta la pendiente del Sinaí. Pero, camaradas, no creáis que ha renunciado así a su política de dominación mundial. El capital estadounidense no puede seguir otro camino. Mientras ese capital no ha dejado de acumularse, de extenderse y emanciparse, ha desarrollado su teoría, conocida con el nombre de doctrina Monroe: "América para los americanos". Ello significa que nadie tiene derecho a inmiscuirse en lo que ocurre en el continente americano donde el capital estadounidense sigue siendo el amo del gobierno, de la explotación y del bandolerismo. Pero ese capital se siente ahora apretado en los límites de América, de América del Norte y de América del Sur, a la que ha transformado en colonias.

Durante la guerra, la industria pesada estadounidense se ha erigido como una columna gigantesca hasta los cielos y el capital estadounidense ha tirado muy lejos de él la divisa América para los americanos. O más aun, diremos que ha modificado esta divisa y que ha dicho: no solamente América para los americanos sino el mundo entero. Entonces ha enviado al apóstol Wilson con su Nuevo Testamento. Sabemos que Wilson no ha hecho el recado. Pero el recado hay que hacerlo, y la oligarquía estadounidense está a punto de hacer sus cuentas: nuestra flota, se dice a sí misma, es más débil que la de Gran Bretaña en tantas toneladas, en tantos cañones de tal o tal otro calibre. Y el Departamento de Marina estadounidense establece un nuevo programa, un programa que, antes de 1925, aunque algunos dicen que más pronto aun, en tres años debe hacer a la flota estadounidense incomparablemente más fuerte que la de Inglaterra.

Todo esto sólo puede significar que toda la fuerza de Inglaterra radica en su flota que le permite montar guardia en todas las rutas oceánicas y ejercer, así, su oficio de pirata mundial. El programa naval de Inglaterra se reduce a que su flota siempre tiene que ser más fuerte que la de las dos potencias navales que le siguen de inmediato.

Ahora, Estados Unidos, que hace brillar a su dólar completamente nuevo, cuya cotización está muy arriba en el firmamento de la Bolsa, declara: en tres años mi flota será más fuerte que la de Inglaterra. Ello significa que para el imperialismo británico se trata de “ser o no ser”. Eso quiere decir que Inglaterra y Estados Unidos navegan a todo vapor hacia un nuevo conflicto que ensangrentará la tierra entera; pues, en el mundo del imperialismo, no pueden existir dos poderes, y el hegemónico debe pertenecer o bien a Inglaterra o bien a Estados Unidos, si, no obstante, el proletariado mundial no llega primero a arrebatárselo.

Así pues, tras cuatro años de una espantosa guerra que ha causado la debacle de las grandes potencias de Europa Central, que ha devastado a Europa y ha arruinado al mundo entero, vemos que sobre los huesos de los muertos se prepara una nueva lucha aún más gigantesca. Francia, el principal enemigo de la Rusia soviética, el enemigo encarnizado, infernal, del proletariado mundial, cree en el presente que puede lograr la victoria; o más aun, los simplones, los pequeñoburgueses, los tenderos, los socialpatriotas y, en parte, los obreros engañados, quienes se imaginan que Francia ha vencido. Error, profundo error. Mucho tiempo antes de la derrota del imperialismo germánico, Austria-Hungría ya estaba vencida. El militarismo alemán todavía la apoyaba, igual que la Entente mantenía al imperialismo alemán. Ahora, también Francia es uno de los países del mundo más agotados y arruinados aunque haya salvado su independencia.

Cierto, Francia puede cometer actos de piratería en el Mar Negro, pero sólo puede hacerlo en tanto que Inglaterra no tenga nada que decir al respecto. Francia puede dictar sus leyes a la pequeña Bélgica, a la que ha convertido en una de sus provincias; puede fijar los efectivos del ejército belga e inmiscuirse en los asuntos financieros de ese pequeño país; pero Francia, al lado de Inglaterra, no es más que una gran Bélgica. Francia es incapaz de defenderse, económica y militarmente, sin la asistencia de Inglaterra y Estados Unidos; y sin embargo, Francia, en su tontería pequeñoburguesa, prosigue hasta el presente su sueño de dominación y se imagina que podrá jugar un papel de árbitro en la querrela que se entabla entre los Estados Unidos e Inglaterra. Pero Estados Unidos no ha querido ni formar parte de la Liga de las Naciones junto a Francia e Inglaterra. Y Francia está casi obligada a arrodillarse para pedir limosna, para obtener las garantías de su independencia.

¿Qué se puede decir de las pequeñas naciones? Se les ha prometido la libertad, la independencia y, sin embargo, Inglaterra mete sus manos por todas partes, en Finlandia, en la Estonia blanca, en la Letonia blanca. ¿Qué queda de la independencia de Suecia y Noruega? ¿Qué es el Mar Báltico? Un golfo en el que Inglaterra da pequeños paseos. ¿El Mar del Norte? Una posesión de Inglaterra. ¿El Océano Índico? Rodeado por toda una cadena de naciones sometidas a Inglaterra, entre las que están Egipto, Persia, Afganistán, Beluchistán e India, el Océano Índico no es más que un mar interior que pertenece a los ingleses. La Austria-Hungría desgarrada, la antigua Rusia del zar, separada en pequeños estados que no puede subsistir y cuya agonía prolongan la Entente, la Liga de las Naciones, es decir Gran Bretaña, la Austria crucificada, la Hungría (que tras haber realizado una heroica tentativa para sacar del caos a Europa Central, para entrar en la amplia vía de la federación de soviets, es decir de una alianza fraternal de las repúblicas obreras en el terreno económico, militar y cultural) aplastada y hundida, he ahí lo que se ha hecho con los pequeños estados.

También vemos a Bohemia y a esa desafortunada Polonia que se ha aliado con los socialpatriotas y cuya liberación quedó inscrita en la primera página del programa de la Primera Internacional. Polonia, tal como la vemos, ha sido creada por el imperialismo extenuado, para servir a sus deshonrosos fines, para que se ponga enteramente a su servicio. Esa república democrática, por la que han combatido generaciones enteras de revolucionarios y patriotas polacos que, huyendo del zarismo, uno tras otros se presentaban en Occidente para combatir y morir en todas las barricadas de la revolución, esa Polonia democrática sólo es ahora el instrumento sucio y sangriento del capital francés. Pero, camaradas, si la Primera Internacional inscribió en las primeras páginas de su programa la emancipación de Polonia y la lucha contra el zarismo, la Rusia de hoy en día, liberada del zarismo, cumple la gran misión que consiste en entregar a la Polonia, crucificada y violada por el imperialismo, al obrero polaco, al campesino polaco. (*Aplausos*)

Se nos habla desde todas las tribunas parlamentarias de la reconstrucción económica de Europa. No existe mentira más impúdica que ese engaño. En los últimos dieciocho meses no ha habido reconstrucción en Europa. Desde nuestro Primer Congreso, Europa ha devenido incomparablemente más pobre y su situación es mucho más desesperada de lo que era antes de esa fecha; lo mismo ocurre en el mundo entero. ¿Pensáis que puede haber reconstrucción en Europa sin nuestras materias primas, sin los cereales de Rusia? ¿Es que acaso puede darse una reconstrucción en Europa sin los recursos de la técnica alemana, sin la clase obrera alemana? No. Por eso los representantes de los obreros de todos los países, que vemos aquí presentes, cuando regresen a sus casas, dirán: obreros europeos, obreros del mundo entero, después de lo poco que hemos visto podemos rendir testimonio ante vosotros de que, si el imperialismo dejase en paz a la República de los soviets, si fuésemos en su ayuda con nuestros recursos técnicos, aunque sólo fuese en una pequeña parte, ocurrirá que, en dos o tres años, como máximo en cinco años, la Rusia soviética, precisamente porque es un estado soviético, basado en el comunismo, le dará a la clase obrera europea cinco veces más trigo y materias primas de las que le ofrecía la antigua Rusia de los zares y la burguesía. (*Aplausos*)

Una vez lograda la victoria, el capital anglo-francés ha creído que se había abierto ante él un inmenso campo colonial. El zarismo había sido el gran rival de Inglaterra en Asia; Alemania era un rival aún mucho más peligroso para Inglaterra en el mercado mundial. Ya no existe el zarismo, Alemania ha sido derrotada, martirizada; Austria-Hungría ha sufrido aún más. Se podría creer que las colonias comienzan en la inmediata vecindad de los Aliados vencedores; en el Este, el pueblo alemán sometido a Francia; más lejos está la Rusia de los soviets. Y derrocar a la Rusia de los soviets, robar las materias primas y el trigo de Rusia, obligar a los obreros alemanes, reducidos a la esclavitud, a aprovechar nuestras materias primas en beneficio del capital anglo-francés, es el deslumbrante programa de la Liga de las Naciones desde sus inicios. Y trata de realizar ese programa, hace todos los esfuerzos posibles para derrocar a la República de los soviets, para hacerse dueña de nuestras estepas, de nuestros mares, de nuestros bosques y riquezas del subsuelo. Intenta explotar el carbón alemán y a los obreros alemanes para trabajar esas materias primas. Han transcurrido dieciocho meses de una encarnizada lucha y, con legítimo orgullo, podemos decirles a nuestros hermanos de Occidente: vuestra burguesía no nos ha arrodillado, nos mantenemos de pie, os acogemos en Moscú. Y si es así no es solamente gracias a los enormes esfuerzos de la clase obrera rusa y del ejército que ha creado. Sabemos cuáles han sido nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, y los enviados de la clase obrera mundial saben ahora algo de eso. Pero tenemos que decir que nos hemos mantenido principalmente porque

sentíamos, sabíamos, que la ayuda vendría de Europa, de América, de todas las partes del mundo. Cada huelga del proletariado escocés en el Clyde, cada movimiento en las ciudad y barrios de Irlanda, donde no solamente se veía flotar la bandera verde del nacionalismo irlandés sino, también, la bandera roja de la lucha proletaria, cada huelga, cada protesta, cada insurrección en cualquiera de las ciudades de Europa, América y Asia, el pujante movimiento de los esclavos de Inglaterra en India, el desarrollo de la conciencia revolucionaria, la idea de una federación soviética mundial que se convertía en la divisa de todos, he ahí lo que nos ha dado la convicción de marchar por la buena vía; he ahí lo que nos ha permitido, en las horas más difíciles, más sombrías, cuando estamos cercados, cuando nos parecía que nos iban a coger por el cuello y estrangularnos, he ahí lo que nos ha permitido levantarnos y decir: no estamos solos, estamos con el proletariado de Europa, de Asia, del mundo entero, no nos rediremos, nos mantendremos. Y hemos triunfado. (*Aplausos*)

Sin Rusia y sin Alemania no puede haber renacimiento europeo. Para que haya renacimiento alemán hay que permitirle a Alemania que exista, que se nutra y trabaje. Pero si se le permite a esta Alemania, martirizada y aplastada, existir, alimentarse y trabajar, esa Alemania se levantará contra el imperialismo francés. Y he ahí por qué el imperialismo francés sólo quiere saber este mandamiento: paga tus deudas. Que Alemania pague sus deudas, que Rusia pague. Los usureros franceses no dudarán en incendiar las cuatro esquinas del mundo para recibir a tiempo los intereses que se les deben. No pueden permitirle a Alemania trabajar porque la Alemania que pudiese trabajar y enderezarse sería una Alemania independiente que marcharía contra ellos. Sólo tienen un recurso. Para obligar a ejecutar las cláusulas del tratado de Versalles envían a la orilla derecha del Rin, para ocupar las ciudades alemanas, a los senegaleses, a los negros de África, a los árabes. Y cuando en Francia se ha recibido poco carbón de Alemania, cuando el oro alemán no llega en el plazo fijado, la burguesía francesa grita rechinando los dientes: ¿por qué no pagan a tiempo? ¿Es que faltan negros en el ejército del mariscal Foch? Camaradas, desde este congreso saludamos al camarada Roy que representa a las masas trabajadoras de India. (*Aplausos*). Confío, camaradas, que en el Tercer Congreso de nuestra Internacional tengamos entre nosotros a comunistas africanos, árabes, senegaleses y a representantes de otras poblaciones de las colonias francesas e inglesas.

Ahora mismo, en el puerto de Odesa, cuatrocientos o quinientos senegaleses nos han devuelto a nuestros soldados rusos que durante años han sido esclavos de Francia. Aunque se tomasen algunas precauciones para mantener separados a los rusos de los senegaleses, sabemos que ningún regimiento extranjero, ninguna compañía extranjera, han podido entrar hasta ahora impunemente en un puerto de Rusia. He ahí por qué, camaradas, la política del mariscal Foch, que suministra hidroaviones a Wrangel, que apoya a Polonia en su desesperada lucha, esa política no podrá restablecer la situación económica de Europa. Es la política de un jugador arruinado que ya ha perdido miles de millones pues recientemente el parlamento francés ha descubierto que, de cuatro mil millones destinados a restaurar los departamentos franceses devastados, Clémenceau sólo ha gastado a esos efectos un millón y medio, y que tres mil millones nuevos, ciento setenta y ocho millones y medio, no han servido para restaurar los departamentos del Norte de Francia sino para devastar las provincias y distritos de Rusia. Esta política de distribución de los miles de millones a manos llenas es la política de un jugador que apuesta por última vez con la esperanza de recuperar lo que ha perdido y que, habitualmente, no recupera jamás nada. Y podemos decir, podemos afirmar tranquilamente, que no está lejano el momento en que, ayudados por el proletariado francés, haremos saltar la banca del crupier francés que ha perdido la cabeza. (*Aplausos*)

Los senegaleses están en Odesa... los generales franceses están en Varsovia: puede que estén hoy pero sus miradas no se dirigen hacia el Este sino hacia el Oeste. (*Aplausos*)

Todos juntos no lograrán aumentar ni un ápice la cantidad de carbón, de materias primas y trigo, que necesita Francia. El rasgo esencial de la situación es una crisis de las más agudas, es la falta de materias primas y combustible; no ha ocurrido impunemente que durante numerosos años de carnicería mundial, toda la energía humana haya sido empleada no en crear sino en destruir. El trabajo esencial, el verdadero trabajo, consiste en que el hombre aplique todos sus pensamientos y emplee sus máquinas en extraer de las entrañas de la tierra los materiales que necesita, el trigo, el carbón. Ese trabajo ha disminuido, ha caído gradualmente. Actualmente toda la política del capital mundial, de la producción mundial, debería consistir en concederle libertad de comercio a Alemania, Rusia y Austria-Hungría. Pero hasta el presente, los países de Europa no han podido aumentar sus reservas. Y ahora, toda la política del imperialismo mundial se reduce a que, en el próximo año, tendrá que haber en todas partes una política de proteccionismo comercial. Actualmente lo que se está realizando es la política del pillaje a mano armada. Lo hemos visto cuando los ingleses estaban en Bakú; durante largos meses no lograron exportar más que algunos millones de puds de gasolina, cuando deberían haber exportado decenas de millones. He ahí lo que causa el mal a la economía mundial. Cuando los satélites de Francia e Inglaterra destruyeron la cuenca del Don, cuando los franceses destruyeron los puentes y ferrocarriles, cuando los blindados, los trenes blindados de los ingleses, cerraban todas las salidas, se oponían de esa forma a la prosperidad de Alemania, Inglaterra, Irlanda y Escocia, minaban las bases de la industria. Tal es la última palabra de la política económica de la Entente.

He ahí por qué, camaradas, después de haber lanzado una mirada a nuestro trabajo económico, a la obra soviética de estos últimos dieciocho meses. Tras haber constatado todos los errores, tras habernos dado cuenta de todas nuestras necesidades, sin soñar en disimularlas, por el contrario, dibujando ese cuadro a la vista de nuestros hermanos de Occidente, de nuestros camaradas americanos y de los representantes de todas las partes del mundo, pienso que estamos en el buen camino. Es posible superarlo, remediar esta indigencia poniendo en común de una forma racional, organizando con un plan general, la economía mundial, lo que permitirá superar todos los obstáculos artificiales, todas las barreras que los gobiernos han acumulado, y poner en marcha un sistema único de economía. Ahora, camaradas, si, a pesar del bloqueo y de la guerra, hemos sido capaces no solamente de alimentar a nuestro ejército sino de subsistir durante estos tres años y, sobre todo, estos últimos dieciocho meses, es este un hecho de los más destacables en la Historia y lo debemos que toda nuestra economía se ha basado en los principios del comunismo.

Por fin, camaradas, si, dejando a un lado las cuestiones de política internacional y de economía, nos remitimos a las cuestiones de lucha revolucionaria, hemos de decir, una vez más, que la ruta indicada por el Primer Congreso de la Tercera Internacional ha sido buena y que los hechos han justificado esta opinión. Si todavía hay obreros que piensan honestamente y que pueden esperar alguna cosa de la democracia, es en vano. ¿Dónde encontraremos en Europa una verdadera democracia? Mirad la joven democracia alemana, en la que el derecho electoral es lo que hay de más democrático, a la cabeza de la cual está el socialdemócrata Ebert. Esa democracia masacra a los mejores obreros, asesina a los jefes del partido en nombre del cual acaba de hablar el camarada Levy, asesina a la élite de los representantes de la clase obrera alemana. ¿Quién es el amo de ese país? Son los magnates del capital que ajustan sus negocios más importantes en los antros de la Bolsa.

Durante la guerra, la burguesía francesa y la de otros países todavía tendía a conservar algunos restos de la antigua ideología democrática, la burguesía necesitaba engañar a los obreros, les hablaba de defensa nacional, les decía que esta guerra sería la última, les anunciaba la constitución de una Liga de las Naciones. Pero ahora la guerra ha terminado; en Versalles se ha firmado la paz; el verdugo estaba allí, de pie sobre el cadalso, pletórico de impudicia; las masas trabajadoras han quedado despojadas, se han destruido todas sus ilusiones, les amenaza la esclavitud; los últimos restos de ideología se han dejado de lado. La burguesía pide ahora una voluntad de acero; ved cualquier informe parlamentario, de no importa qué país; el último de los ministros burgueses, un funcionario de tercera fila, cuando quiere hacerse aplaudir hasta que se rompa las manos la mayoría burguesa, tiende el puño en dirección al proletariado revolucionario. La burguesía exige a sus satélites, a sus recaderos, a sus ministros, hierro y sangre, pues ha comprendido muy bien que hemos entrado en la época de no una mediación entre las clases sino de una implacable lucha. En efecto, ¿qué ha encontrado en su país, en su casa, la clase obrera, es decir la clase obrera que ha podido volver del frente? La clase obrera ha encontrado una nueva burguesía todavía más insolente y más sedienta de sangre que la que dejó en las ciudades y pueblos cuando el obrero partió al frente. Son los proveedores de la guerra, son los ladrones, quienes ocupan los primeros lugares, son los advenedizos, expresidarios que han robado millones, decenas, centenares de millones, miles de millones, especulando con la sangre de los pueblos. Toda esa canalla, ávida de goces, desenfrenada en sus apetitos, ha infestado con su aliento la atmósfera de las ciudades europeas y estadounidenses. El lujo ha adquirido el carácter de una rabiosa fiebre, de una fiebre blanca, de una sobreexcitación nerviosa; los obreros han vuelto de las trincheras a su casa y ven a esa burguesía impúdica, a esa burguesía dorada que se ha apoderado de todo, que lo pisotea todo, que quiere disfrutar de todo, que está dispuesta a masacrar a cañonazos a la clase obrera de su país, si es necesario, para poder continuar dominando y gozando. Y la indignación de las masas obrera ha subido por todas partes como una hoguera cuya llama brilla y cada vez sube más alto. La carestía de la vida es una causa de las huelgas y manifestaciones de los obreros y obreras hambrientos. Por fin, en el movimiento obrero, en la historia de la humanidad, hay que señalar como un hecho de primera importancia que se rebelan las mujeres, esas esclavas, y que la juventud proletaria, que representa el futuro, se levanta en masas cada vez más numerosas y acude a nosotros para ayudarnos y reemplazarnos. Con las mujeres, con la juventud proletaria, viene a añadirse al movimiento del proletariado mundial una nueva corriente de lava revolucionaria que ofrecerá nuevas reservas inagotables de energía en la lucha que lleva adelante la Internacional Comunista. (*Aplausos*)

Camaradas, sin duda alguna, el proletariado de todos los países se habría apoderado ya del poder si, entre él, entre la masa revolucionaria y los grupos avanzados de comunistas y revolucionarios, no se interpusiese todavía una gran máquina sólida y complicada, (los partidos de la Segunda Internacional y las trade-unions, que han puesto su aparato al servicio de la burguesía en la época de su decadencia, en la época en la que la burguesía muere). Precisamente es la Segunda Internacional, la que se solidarizó con la burguesía en la época de la guerra, la que ha cargó con esa responsabilidad, la que rechazó el primer embate de indignación de las masas trabajadoras. Ha desaparecido su autoridad. La Segunda Internacional se ha dislocado. Grupos cada vez más numerosos de millones de trabajadores se separan de ella. Pero el primer impulso del proletariado que iba a lanzarse contra la sociedad burguesa, la primea explosión de su cólera, la detuvo la Segunda Internacional. Y si la clase obrera alemana cuenta las víctimas por millares y se prepara para nuevos sacrificios es por culpa de la socialdemocracia alemana. En el momento decisivo, la socialdemocracia alemana se transformó en un

aparato contrarrevolucionario, como los partidos dirigentes de la Segunda Internacional se transformaron en un aparato contrarrevolucionario al servicio de la sociedad burguesa. Si lanzamos una mirada al pasado, si buscamos dónde están las fuerzas contrarrevolucionarias, no encontraremos nada que se parezca a esto. Conocemos la democracia burguesa. Sabemos la historia de la Iglesia Católica que, como el resto de iglesias, ha sido un potente instrumento, pero que se ha puesto más que el resto al servicio de las clases opulentas para defender sus privilegios y su dominación. Ahora bien, los servicios que la Iglesia y el catolicismo mundial le han rendido a las clases opulentas no son nada en comparación con el papel que han jugado los partidos de la Segunda Internacional en el momento más crítico de la Historia. Durante décadas han conducido a la clase obrera, se han ganado su confianza, le han dado una organización, y después, en el momento en el que la clase obrera debería haber empleado toda su energía en liberarse del yugo del capital, han empleado ese aparato para paralizar a los obreros; han hecho de esclavos del capital no solamente en el sentido material, físico, de la palabra, sino en el sentido espiritual. Y mientras nosotros estamos aquí reunidos con vosotros con ocasión del Segundo Congreso de Moscú, se celebra un congreso de la Segunda Internacional en Ginebra, un congreso que opone su programa al nuestro, al de la Internacional Roja de la Comuna Proletaria. A partir de hoy, desde la fecha de este congreso, de estos dos congresos, la dirección de la clase obrera marchará diez veces más deprisa. Programa contra programa, táctica contra táctica, método contra método; hemos obligado al Partido Independiente alemán, que vacilaba, que dudaba, y cuyos jefes dudan aún, nosotros, la Tercera Internacional, con la presión de las masas obreras alemanas, nosotros le hemos obligado a enviar aquí a sus representantes. Y el partido del socialismo parlamentario francés, puesto contra la pared por las masas proletarias, se ha visto obligado a enviarnos a sus embajadores. Pero no hacemos ninguna concesión. La Tercera Internacional no admite ni los compromisos ni ninguna entente. Tenemos nuestra bandera, tenemos nuestro programa, que quienes quieran se alineen bajo esa bandera. Así es como les hemos hablado a los representantes de los partidos alemán independiente y francés parlamentario. Les hemos preguntado: ¿por medio de vuestro parlamento confiáis en obtener poco a poco las reformas que nos llevarán al reino del socialismo? Nuestra pregunta era irónica pues los hechos desafortunadamente han dado respuesta por ellos.

Y si el partido independiente alemán, e incluso el partido del socialismo parlamentario francés, todavía no han aprendido a conducir a los proletarios por la vía de la dictadura proletaria, al menos sí han aprendido a no creer en el reformismo parlamentario. Los obreros alemanes y franceses han aprendido a no creer ya en jefes que vacilan y dudan.

Este congreso, que coincide con el de la Segunda Internacional y que, lo que para nosotros todavía es más importante y remarcable, para nosotros y para los obreros del mundo entero, coincide con la terrible lucha que se ha entablado entre la Entente, servida por la Polonia blanca, y la república de los soviets, este congreso, que coincide con las gloriosas victorias del ejército rojo en los frentes del Oeste y del Suroeste, este congreso, erigirá los jalones en la vía de la revolución proletaria mundial. Este Congreso que ha hecho en sus resoluciones el balance de la experiencia colectiva de la clase obrera mundial. Habéis leído las resoluciones. Este Congreso dirige un manifiesto a las obreras y obreros del mundo entero. Ese manifiesto del que os he dado a conocer la substancia de su contenido en mi informe, ese manifiesto que se publicará en todas las lenguas, que resume la obra del imperialismo en el dominio de las relaciones internacionales y de la economía pública, que aprecia en su justo valor los vestigios de la democracia burguesa, del parlamentarismo burgués, ese manifiesto muestra también

una clara vía, bien definida, al proletariado del mundo entero, a los trabajadores explotados de las colonias.

Y qué gozo, qué orgullo, para nosotros camaradas, obreros de Moscú y de toda Rusia, haber podido recibir por segunda vez, en nuestra casa, a la élite de los militantes de la clase obrera mundial, haber podido, fortalecidos con nuestra experiencia, ayudarles a forjar el arma que necesitan para combatir. En nuestra forja de Moscú, gracias a vosotros, con vuestras manos, camaradas proletarios, hemos atizado el fuego, hemos calentado al rojo vivo el acero proletario, lo hemos forjado con el martillo de nuestra revolución proletaria soviética, lo hemos templado en la experiencia de la guerra civil, y hemos hecho una maravillosa arma, incomparable, para uso del proletariado internacional. Tomamos en nuestras manos esta arma y la entregamos a las manos de nuestros hermanos. Obreros del mundo entero, declaramos: en nuestra forja de Moscú, con nuestro fuego moscovita, hemos fabricado una hoja de las más sólidas, tomadla, hundidla en el corazón del capital mundial. (*Aplausos*)

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es